

Volumen 2 - Número 1 - Enero/Marzo 2015

REVISTA INCLUSIONES

REVISTA DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS SOCIALES

ISSN 0719-4706

Homenaje a

Adalberto
Santana

MIEMBRO DE HONOR COMITÉ INTERNACIONAL
REVISTA INCLUSIONES

Portada: Kevin Andrés Gamboa Cáceres



UNIVERSIDAD DE LOS LAGOS
CAMPUS SANTIAGO

CUERPO DIRECTIVO

Directora

Mg. Viviana Vrsalovic Henríquez
Universidad de Los Lagos, Chile

Subdirectora

Lic. Débora Gálvez Fuentes
Universidad de Los Lagos, Chile

Editor

Drdo. Juan Guillermo Estay Sepúlveda
Universidad de Los Lagos, Chile

Secretario Ejecutivo y Enlace Investigativo

Héctor Garate Wamparo
Universidad de Los Lagos, Chile

Cuerpo Asistente

Traductora: Inglés – Francés

Lic. Iliá Zamora Peña
Asesorías 221 B, Chile

Traductora: Portugués

Lic. Elaine Cristina Pereira Menegón
Asesorías 221 B, Chile

Diagramación / Documentación

Lic. Carolina Cabezas Cáceres
Asesorías 221 B, Chile

Portada

Sr. Kevin Andrés Gamboa Cáceres
Asesorías 221 B, Chile

COMITÉ EDITORIAL

Mg. Carolina Aroca Toloza

*Pontificia Universidad Católica de Valparaíso,
Chile*

Dr. Jaime Bassa Mercado

Universidad de Valparaíso, Chile

Dra. Heloísa Bellotto

Universidad de San Pablo, Brasil

Dra. Nidia Burgos

Universidad Nacional del Sur, Argentina

Mg. María Eugenia Campos

*Universidad Nacional Autónoma de México,
México*

Dr. Lancelot Cowie

Universidad West Indies, Trinidad y Tobago

Lic. Juan Donayre Córdova

Universidad Alas Peruanas, Perú

Dr. Gerardo Echeita Sarrionandia

Universidad Autónoma de Madrid, España

Mg. Keri González

*Universidad Autónoma de la Ciudad de
México, México*

Dr. Pablo Guadarrama González

Universidad Central de Las Villas, Cuba

Mg. Aleksandar Ivanov Katrandzhiev

Universidad Suroeste Neofit Rilski, Bulgaria

Mg. Amelia Herrera Lavanchy

Universidad de La Serena, Chile

Mg. Cecilia Jofré Muñoz

Universidad San Sebastián, Chile

Mg. Mario Lagomarsino Montoya

Universidad de Valparaíso, Chile

Dr. Claudio Llanos Reyes

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile

Dr. Werner Mackenbach

*Universidad de Potsdam, Alemania
Universidad de Costa Rica, Costa Rica*

Ph. D. Natalia Milanese

Universidad de Houston, Estados Unidos

Dra. Patricia Virginia Moggia Münchmeyer

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile

Ph. D. Maritza Montero

Universidad Central de Venezuela, Venezuela

Mg. Julieta Ogaz Sotomayor

Universidad de Los Andes, Chile

Mg. Liliana Patiño

Archiveros Red Social, Argentina

Dra. Rosa María Regueiro Ferreira

Universidad de La Coruña, España

Mg. David Ruete Zúñiga

Universidad Nacional Andrés Bello, Chile

Dr. Efraín Sánchez Cabra

Academia Colombiana de Historia, Colombia

Dra. Mirka Seitz

Universidad del Salvador, Argentina

Lic. Rebeca Yáñez Fuentes

Universidad de la Santísima Concepción, Chile

COMITÉ CIENTÍFICO INTERNACIONAL

Comité Científico Internacional de Honor

Dr. Carlos Antonio Aguirre Rojas

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Dra. Patricia Brogna

*Universidad Nacional Autónoma de México,
México*

Dr. Horacio Capel Sáez

Universidad de Barcelona, España

Dra. Isabel Cruz Ovalle de Amenabar

Universidad de Los Andes, Chile

Dr. Adolfo Omar Cueto

Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

Dra. Patricia Galeana

*Universidad Nacional Autónoma de México,
México*

Dr. Carlo Ginzburg Ginzburg

*Scuola Normale Superiore de Pisa, Italia
Universidad de California Los Ángeles, Estados
Unidos*

Dra. Antonia Heredia Herrera

Universidad Internacional de Andalucía, España

Dra. Zardel Jacob Cupich

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Dr. Miguel León-Portilla

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Dr. Miguel Rojas Mix

*Coordinador de la Cumbre de Rectores de
Universidades Estatales de América Latina y el
Caribe*

Dr. Luis Alberto Romero

CONICET / Universidad de Buenos Aires, Argentina

Dr. Adalberto Santana Hernández

*Universidad Nacional Autónoma de México,
México
Director Revista Cuadernos Americanos, México*

Dr. Juan Antonio Seda

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Dr. Miguel Ángel Verdugo Alonso

Universidad de Salamanca, España

Dr. Eugenio Raúl Zaffaroni

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Comité Científico Internacional

Ph. D. María José Aguilar Idañez

Universidad Castilla-La Mancha, España

Dr. Luiz Alberto David Araujo

Universidad Católica de San Pablo, Brasil

Mg. Elian Araujo

Universidad de Mackenzie, Brasil

Dr. Miguel Ángel Barrios

*Instituto de Servicio Exterior Ministerio
Relaciones Exteriores, Argentina*

Dra. Ana Bénard da Costa

*Instituto Universitario de Lisboa, Portugal
Centro de Estudios Africanos, Portugal*

Dra. Noemí Brenta

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Ph. D. Juan R. Coca

Universidad de Valladolid, España

Dr. Antonio Colomer Vialdel

Universidad Politécnica de Valencia, España

Dr. Christian Daniel Cwik

Universidad de Colonia, Alemania

Dr. Carlos Tulio da Silva Medeiros

Universidad Federal de Pelotas, Brasil

Dr. Miguel Ángel de Marco

*Universidad de Buenos Aires, Argentina
Universidad del Salvador, Argentina*

Dr. Andrés Di Masso Tarditti

Universidad de Barcelona, España

Ph. D. Mauricio Dimant

Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel

Dr. Jorge Enrique Elías Caro

Universidad de Magdalena, Colombia

Dra. Claudia Lorena Fonseca

Universidad Federal de Pelotas, Brasil

Mg. Francisco Luis Giraldo Gutiérrez

*Instituto Tecnológico Metropolitano,
Colombia*

Dra. Andrea Minte Münzenmayer

Universidad de Bio Bio, Chile

Mg. Luis Oporto Ordóñez

Universidad Mayor San Andrés, Bolivia

Dra. María Laura Salinas

Universidad Nacional del Nordeste, Argentina

Dra. Jaqueline Vassallo

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Dr. Evandro Viera Ouriques

Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil

Dra. Maja Zawierzeniec

Universidad de Varsovia, Polonia

Asesoría Ciencia Aplicada y Tecnológica:

CEPU – ICAT

Centro de Estudios y Perfeccionamiento

Universitario en Investigación

de Ciencia Aplicada y Tecnológica

Santiago – Chile

Indización

Revista Inclusiones, se encuentra indizada en:



Information Matrix for the Analysis of Journals



CONFLUENCIAS CERVANTINAS EN DULCE MARÍA LOYNAZ

CERVANTINE CONFLUENCES IN DULCE MARÍA LOYNAZ

Dra. Yolanda Ricardo¹

Universidad de La Habana, Cuba
yolr@infomed.sld.cu

Fecha de Recepción: 25 de noviembre de 2014 – **Fecha de Aceptación:** 12 de diciembre de 2014

Resumen

Este trabajo aborda las afinidades literarias entre la producción de Dulce María Loynaz, la escritora cubana *Premio Cervantes*, y la de Miguel de Cervantes, fundamentalmente a través de la obra loynaciana *Un verano en Tenerife* y del clásico cervantino *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. El análisis y las valoraciones sobre el texto loynaciano se detienen en las confluencias de estilo y de proyecciones escriturales. Se expone la naturaleza de un tejido narrativo-expositivo plurisémico, cuyos imaginarios, personajes, locaciones, tiempos y perspectivas ahondan en el sentido humanista y de elevada coronación estética que caracterizó la obra paradigmática del novelista español. Aun identificando nexos en el discurso narrativo de ambos, como el espíritu de creación trascendente que los sostiene, el quiebre de las normas genéricas convencionales y la riqueza de los planos del sistema idiomático, se confirma que cada uno ha pasado a la posteridad en su estilo personal auténtico, articulado a contextos y circunstancias concretos. Cervantes, en una inagotable realidad sociocultural peninsular; Dulce María, portadora de una savia insular transfronteriza.

Palabras Claves

Cervantina (o) – Loynaciana (o) – Plurisemia – Insular – Tejido narrativo – Expositivo

Abstract

This work is about literary similarities between the Dulce María Loynaz' production, the Cuban writer *Premio Cervantes*, and of the Miguel de Cervantes', essentially through loyciana's work *A summer at Tenerife* and the classic cervantine *The witty gentlemanly Don Quixote*. The analysis and appreciations about the loynaciano text stop in the convergences of style and the writing projections. It is exhibited the nature of a *plurisémico*, narrative- explanatory cultural network, whose imaginaries, characters, locations, times and perspectives deepen in a humanist sense and profound esthetic coronation, which defined the paradigmatic work of the Spanish novelist; even there are identified connections in the speech narrative of both, like the transcendental spirit of creation which hold them, the break of the conventional rules of literary genre and the wealth of the idiomatic system, it is confirmed that anything has passed to posterity in its authentic personal style, articulated to contexts and specific circumstances. Cervantes, in an inexhaustible peninsular sociocultural reality; Dulce María, bearer of an insular cross- border vitality.

Keywords

Cervantine – Loyciana- *Plurisemia* – Insular – Cultural network narrative – Explanatory

¹ La autora es ensayista, Profesora Titular de la Universidad de La Habana, Dra. en Ciencias sobre el Arte y Dra. en Filosofía. Es miembro de Consejos Científicos regionales, de la Academia de Ciencias de República Dominicana y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Dirigió el Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba y ha ocupado diversas responsabilidades académicas y científicas en Cuba y el extranjero. Ha sido Profesora Invitada en universidades de Colombia, España, Francia, Puerto Rico y República Dominicana. Es árbitro internacional de publicaciones regionales. Ha publicado más de 70 títulos en América y Europa, fundamentalmente sobre la mujer y autores caribeños. Ha disertado en múltiples escenarios de América y Europa. Ha recibido reconocimientos de Cuba, España, Colombia, Haití, Puerto Rico y República Dominicana. Actualmente trabaja en la segunda parte de su libro *La resistencia en las Antillas tiene rostro de mujer*, publicado en República Dominicana.

A Adalberto Santana,
 intelectual que rompe fronteras
 con su promoción y difusión
 del pensamiento y la literatura
 de nuestro idioma

Buscar los parentescos literarios, o mejor las afinidades, entre dos grandes de las letras universales como Miguel de Cervantes y Dulce María Loynaz, precisamente en los momentos en que se cumplía el vigésimo aniversario del otorgamiento del Premio Cervantes a la primera caribeña, a Dulce María, significaba tanto razón de homenajes como de especial regocijo para cualquier estudioso de la literatura cubana, regional, continental y hasta de la inagotable lengua castellana. Esta consanguinidad literaria apuntada permeó mis palabras pronunciadas entonces bajo el título de: *Un verano en Tenerife: cristalización cervantina en la insularidad*.²

Aunque pudiera resultar reiterativo, no sobra reafirmar la legitimidad de los estudios realizados por varios autores de América y Europa sobre esta autora y este libro lleno de sorpresas. Nadie ignora qué primeras figuras de la cultura cubana y de otros confines han unido sus voces al enaltecimiento de su obra asertiva en polifacéticos significantes o de irradiadoras resemantizaciones. En los inicios de los noventa el poeta cubano Pablo Armando Fernández³, singular partícipe del otorgamiento del galardón cervantino, se identificó con Dulce María como “agua fina y alta” y convocó “por la sola virtud de su nacimiento” a realizar una fiesta, “la fiesta innombrable”, entre otras razones por identificarla siempre como “un astro que alumbra” desde su poesía omnipresente. En el año de su muerte, el también poeta cubano César López, leyó una conferencia⁴ muy elocuente al presentar a la poetisa desde el prisma del agua, ella misma agua, y agua multiplicada como motivo poético entre sus versos. Hoy se confirma en esa dimensión: agua prístina, sutil y esencial, agua envolvente de islas y agua fluyente de alboradas sin fin. Uno de sus principales críticos cubanos es Virgilio López Lemus, quien la denominó “Dama de la palabra escrita del siglo XX cubano que cubrió la centuria con su presencia, inteligencia y sagacidad”⁵. Faltaría recordar, además, los aportes valorativos y de rescate textual de Zaida Capote⁶, Nara Araujo⁷, Luisa Campuzano⁸ y

² Este trabajo *Confluencias cervantinas en Dulce María Loynaz* es una versión del texto de una conferencia impartida el 3 de abril de 2012, en ocasión del vigésimo aniversario del otorgamiento del Premio Cervantes a la escritora cubana Dulce María Loynaz. El homenaje tuvo lugar en el Centro que lleva su nombre en La Habana, coauspiciado por esta institución cubana y la Embajada de España en Cuba. La conferencista ha realizado varias disertaciones en torno al tema en instituciones académicas (Universidad La Laguna de Tenerife, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Universidad de Puerto Rico) y en congresos organizados en Cuba y otros países.

³ Pablo Armando Fernández, “Al agua fina y alta”, en *Los Cervantes en la Isla* (Alcalá de Henares: Gráficas Algorán, S. A., 1994), 369-392.

⁴ César López, “Aproximaciones. Remembranza del agua y del nacimiento”. *Granma*. La Habana, 12 de dic. Año 44, N° 296 (2008), 13.

⁵ Virgilio López Lemus, “Dulce María Loynaz, cubana y universal”, *Centenario, Bohemia*, La Habana, Año 94, N° 23, 15 noviembre (2002) 4-7. Ver, además, de este autor: *Dulce María Loynaz. Estudios de la obra de una cubana universal* (Tenerife: Centro de la cultura popular canaria, 2000).

⁶ Zaida Capote, *Contra el silencio Otra lectura de la obra de Dulce María Loynaz* (La Habana: Letras Cubanas, 2005).

⁷ Nara Araujo, *El alfiler y la mariposa* (La Habana, Letras Cubanas, 1997).

⁸ Luisa Campuzano, “Últimos textos de una dama: crónicas y memorias de Dulce María Loynaz”, *Casa de las Américas*, Núm. 201, Oct-Dic., (1995) 46-53.

Susana Montero⁹ (quien promovió, además una de las últimas salidas de Dulce María fuera de su hogar y una nueva oportunidad de disfrutar de sus ingeniosidades coloquiales). Y no olvidar tampoco la labor paciente y sostenida del Centro Hermanos Loynaz de Pinar del Río, en el occidente cubano.

Convendría detenerse, aunque sea brevemente, en el antes y el después del Premio Cervantes de 1992, un proceso de construcción estética que había venido incrementándose indeteniblemente desde las cuatro décadas anteriores a los noventa. En 1951, al disertar sobre las *Poetisas de América*, en la Academia de Artes y Letras en La Habana, ella misma formaba parte del linaje de creadoras tocadas por la insularidad como Gertrudis Gómez de Avellaneda, Luisa Pérez de Zambrana, Juana Borrero, Mercedes Matamoros, entre muchas otras, y de las grandes del verso americano: Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou. Ya había entrado por la puerta mayor de la mejor literatura.

De 1902 a 1997, sus fechas vitales indicadoras de que prácticamente nació con el siglo XX y casi lo cerró, pudo ser testigo en su tierra natal del tránsito de Cuba de colonia española a neocolonia yanqui y del triunfo y consolidación de las transformaciones revolucionarias iniciadas en 1959. Ser la hija del General del Ejército Libertador anticolonialista Enrique Loynaz del Castillo, autor del legendario *Himno invasor* de los luchadores mambises, así como el sentirse parte del auténtico abolengo de los próceres de las guerras de independencia, le impregnó un entrañable patriotismo. Recuérdense su inequívoca posición:

"...cuando triunfó la Revolución yo no sabía lo que iba a pasar en Cuba, pero fuera cual fuera el destino de mi país, yo no podía irme de aquí (...). No olvide -le confiesa a Vicente González Castro, su entrevistador- que yo soy la *Hija del General*"¹⁰.

Ella misma, emblema de dignidad y cubanía.

Fiel a su amor por Cuba, descansa en la Antilla mayor, poseedora de un notable prestigio intelectual y de los más importantes honores del arte y la cultura nacionales, a la vez que legó vínculos sustantivos con las letras de España y América, fuentes también de significativos reconocimientos intelectuales y artísticos. Entre amigos, musitando versos y divulgando textos de su padre cerró los ojos con el alma en inasible vuelo habiendo creado una obra originalísima¹¹. Impresiona todavía que haya escrito versos a los diez años (1912), publicado sus primeros poemas a los diecisiete (1919) y comenzado a trascender su tiempo muy tempranamente. De sus confesas exigencias de perfección estética nació un estilo en el que se advierte el aliento de la gran poetisa, dueña de los resortes de la lírica, de insólito sensualismo y hasta de cierta irreverencia en nombre del amor. Su poética la concentró en

⁹ Susana Montero, "Leyendo *Jardín* sobre la parábola tempo-espacial de las vanguardias", *Unión*, La Habana, Año IX, N° 29, Oct-Dic., (1997) 22-30.

¹⁰ Vicente González Castro, *Un encuentro con Dulce María Loynaz* (La Habana: ARTEX, 1994), 223.

¹¹ Aunque se mantiene la recopilación sostenida de su obra, un recuento ilustrativo es el siguiente: siete poemarios, una novela lírica, un texto narrativo polisémico, numerosas crónicas periodísticas, un texto autobiográfico de perfil testimonial, más de dos decenas de discursos, conferencias y críticas literarias. Una apretada selección en orden cronológico incluye los siguientes títulos: *Bestiarium* (1927), *Carta de amor al Rey Tut-Ank-Amen* (1929), *Canto a la mujer estéril* (1937), *Versos* (1938), *Juegos de agua* (1947), *Las cuatro estaciones de San Martín de Loynaz* (1948), *Jardín* (1951), *Poemas sin nombre* (1953), *Un verano en Tenerife* (1958), *Finas redes* (1993), *Fe de vida* (1995).

el cultivo de tres fuentes primigenias: el mar, la rosa y el amor. Con ellas se configuran sus obras fundamentales entre las que ocupa lugar muy especial la de “su verano en Tenerife”.

Si bien su don de universalidad la hace pertenecer a la cultura de todos los pueblos, España en particular la siente como suya. En escenarios españoles publicó por primera vez algunas de sus obras de mayor realce poético. En 1947 se le entregó la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. En Madrid vio la luz su novela *Jardín*, en 1951. En Tenerife se encabalgaron los homenajes: la nombraron “Hija adoptiva del Puerto de la Cruz” y fue agasajada en el Hotel *Taoro*. Tuvo lugar también un acontecimiento significativo de su trayectoria literaria al dar a conocer en una disertación pública en el Ateneo de La Laguna (septiembre, 1951) su texto *Mujer entre dos islas*, que puede considerarse el antecedente directo de *Un verano en Tenerife*. Los galardones se suceden: en la década de los ochenta recibe la Distinción por la Cultura Nacional de Cuba, la Medalla “Alejo Carpentier”, el Premio Nacional de Literatura y la Orden “Félix Varela”; en los noventa, en 1992, el máximo reconocimiento literario en lengua hispánica, el llamado “Premio Nobel de las letras castellanas”, el “Cervantes”; y en 1993 la Orden Isabel la Católica y el Premio Federico García Lorca. Asimismo, vive momentos sublimes cuando Casa de las Américas graba en su voz una antología de su poesía, el Ballet Nacional de Cuba lleva a escena su novela *Jardín* y la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba la declara Miembro Emérito.

Tanto el Rey de España Juan Carlos I como la propia Dulce María, en los discursos pronunciados en el acto de entrega del Cervantes, en Alcalá de Henares (1993), brindaron muestras de las constantes cercanías de la trayectoria vital y de creación de la escritora cubana con el país ibérico. En esa ocasión el Rey apuntaba:

“Para nosotros, españoles, constituye un auténtico privilegio acoger de nuevo, y en ocasión tan especial, a quien por tantos motivos debemos un particular agradecimiento. Y no sólo porque fue en España donde publicó por vez primera algunos de sus más bellos libros, sino también porque nuestro país ha sido siempre una referencia evidente en su obra, en sus afectos y en sus recuerdos”¹².

Cabe subrayar que, independientemente de su gozo por la lectura del *Quijote*, estimulado posiblemente por su padre, es precisamente su maestría literaria la que señala su camino de comunión con el paradigma fundacional de las letras hispanas: Miguel de Cervantes. Desde su insularidad transitaron el rigor y la gracia de un estilo evocador de gajes cervantinos y de una muy depurada expresión. Y, sobre todo, de esencialidad de imaginarios y de construcciones lingüísticas enriquecedoras de nuestro idioma.

Un hito en esta dirección es su libro *Un verano en Tenerife*, isla que conserva de ella tan cálido recuerdo que la tiene incorporada a su propia historia cultural y a la toponimia tinerfeña en más de un sitio. En narración tan única no es difícil advertir cómo en el *corpus* de la obra se evidencia peculiar acogida en intelecto y corazón de la isla emblemática y del Archipiélago Canario en su conjunto. Y Dulce María lo hizo con un despegue dual, pero unitario en su identidad más profunda: desde *Mujer entre dos islas*. Leer este texto es como sumergirse en la víspera de la obra mayor, la del verano. En su recorrido discursivo y literario insular, con las más plurales dimensiones de lo inmediato cotidiano, la autora revive el pasado

¹² “Una poesía del pudor. Extracto del discurso del Rey Juan Carlos I de España durante la ceremonia de entrega del Cervantes”. [1993]. En Varios: Dulce María. El que no ponga el alma de raíz, se seca (Pinar del Río: Ediciones Vitral, 1997), 41.

a través de personajes y de hechos conservados en la memoria de las islas, focalizando siempre Tenerife. Emerge desde la historia fabulada la princesa Dácil, la hija del Mencey, en amores con el conquistador peninsular, especie de hibridación de la doncella guanche y del caballero español como fuerza necesaria de identidad transculturada. Sin embargo, la asunción de fusiones alcanza envergadura mayor cuando, en una suerte de leyenda germinada en la otra isla, la suya del Caribe, muestra a la Princesa encarnada en la canaria Leonor y al “hidalgo” Mariano, protagonistas de un destino excepcional: ser los progenitores de José Martí. Es su homenaje a la mujer canaria, raíz y aura de la tinerfeña que ofreció a Cuba un “hombre-luz”¹³ de todos los tiempos.

Si se asumiera la perspectiva de realizar la exégesis integral de la producción literaria loynaciana habría que convenir en que resulta de ineludible valoración *Un verano en Tenerife*. Sólo por esta obra hubiese merecido ya el Premio Cervantes, dada la riqueza del lenguaje y la modélica prolijidad de sus imaginarios. Escribirla significó para la autora un esfuerzo sostenido de cinco años y ocho meses. Tal apremio tocaba a sus puertas para el cierre definitivo del libro, que parece haber sentido la necesidad de precisar hasta el último detalle cronológico del proceso de gestación creativa. Así, el colofón refiere que acabó de escribirlo “a las 12 y 14 minutos p.m., del jueves 10 de abril de 1958”¹⁴, hace ahora más de cinco décadas. Curiosa coincidencia: el mes de abril constantemente se repite. ¿Juegos de la literatura y la vida? En abril termina su libro de mayor pureza en la expresión idiomática. En él aparecen varios referentes y pasajes de primaveras abribeñas. De abril, mes de Cervantes y del idioma español, le viene el Nobel de las letras castellanas. En abril unen sus destinos de adiós terrenal ella y Cervantes. El, el 23; ella, el 27. Al día siguiente, el 28 de abril, el día del nacimiento de su esposo, Pablo Alvarez de Cañas¹⁵, quien influyó sustantivamente en su curso vital y en su carrera literaria, es sepultada en el panteón de la familia. ¿Podrá negarse su compromiso con la leyenda, siendo ella parte de la leyenda misma?

Aunque no siempre lo aceptó, un rasgo recurrente en su expresión escritural es la nota autobiográfica expresa o sugerida. De modo que su impronta asume por momentos ya la condición de sujeto lírico como expositora de vivencias y subjetividades ya la de testificante histórica o relatora fabular. En *Un verano en Tenerife* lo autobiográfico domina casi todo el texto, en relación directa con las experiencias vividas junto a su amor, Pablo Alvarez de Cañas, nacido en Santa Cruz de Tenerife en 1893 y con quien contrajo matrimonio en 1946, tras prolongados requiebros y azarosos encuentros con mucho de aura caballeresca y sabor romántico. Las Afortunadas, con su atmósfera de encantamiento, les brindarían los mejores instantes y lugares para hacer crecer el idilio. Y con él, la obra eternizadora del “verano”. El tomar este tema le propiciaba a Dulce María contar a su favor con el hecho de que en nuestra lengua no se había escrito mucho en términos literarios sobre el Archipiélago. Ni siquiera los escritores canarios como Los Guimerá o Benito Pérez Galdós lo habían intentado¹⁶, hasta lo que hoy se conoce. Por otra parte, ya se había estrenado con sus crónicas remitidas a la

¹³ Dulce María Loynaz [1951]. “Mujer entre dos islas”. En *La palabra en el aire* (Pinar del Río, Ediciones Hnos. Loynaz, 2000) 21-32. Ver particularmente p. 30.

¹⁴ A partir de ahora la paginación de las referencias a la obra *Un verano en Tenerife* (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1994) aparecerá en el texto entre paréntesis a continuación de la cita. En este caso la cita corresponde a la página 267.

¹⁵ Virgilio López Lemus, Dulce María Loynaz. *Estudios de la obra...* 113.

¹⁶ Ver cómo vincula su escritura con la de José Manuel Guimerá en el propio texto de *Un verano...* (Dulce María Loynaz, 1994: pp. 243-246). Es una suerte de texto elaborado “a cuatro manos” el que titula “Calados de Tenerife”.

prensa cubana: los testimonios de sus andares, acicates para incursionar nuevamente en este tipo de literatura "viajera", tan cara al cultivo de escritoras.¹⁷

Y en tema de andaduras, llama la atención el hecho de que Cervantes, primero, y luego Dulce María, confluyen en su afán por ofrecer literariamente su paso por ciertas latitudes, relatos itinerantes de salidas y periplos que incluyen, además de las contextualizaciones humanas, la impronta del agua: laguna, río o mar; costas, puertos o playas. En ambos escritores el agua es, entre otras muchas cosas, punto de llegada, pero de connotaciones diferentes. Si bien Cervantes colocó a su personaje de irrepetible vuelo simbólico, el "ingenioso hidalgo", en locaciones españolas preferiblemente de tierra adentro (con mucho de mesetas, montañas y ríos) por Castilla y Aragón, su punto de arribo - pero también de declive caballeresco- es la Cataluña costera. Ya para entonces el propio creador del personaje lleva sobre sus espaldas las marcas de sus derroteros marítimos que lo condujeron a los grilletes argelinos y de sus avatares en un puerto del Guadalquivir, la Sevilla picaresca de sus días de prisión que, curiosamente, en las marismas de la desembocadura fluvial tiene dos islas. Varios de sus descabros le vienen a Cervantes del mar, alegoría quizás presente en la caída del Quijote en Barcelona, balcón del Mediterráneo. Las arenas barcelonesas deslindadas por el horizonte marítimo le traen al personaje cervantino su más rotunda frustración: el autorreconocimiento de su derrota, el aherrojamiento de su ideal, tras la batalla frente al falso Caballero de la Blanca Luna. Vencido, ya solo le queda el retorno a su descarnada realidad de La Mancha, en donde no encuentra lugar para la fantasía. Por su parte, Dulce María toca puertas en diversos escenarios marítimos, bojea islas y recrea la condición insular en gran parte de su obra, especialmente en la que hoy ocupa la centralidad de nuestro interés. Y el mar loynaciano es dación, entrega, sortilegio, continuo renacimiento.

Coincido en el crítico español José Javier Hernández¹⁸ cuando en 1998 subrayó la paradoja de que Dulce María había realizado lo que él llamó "fantásticos periplos" por Siria, Turquía, Palestina, Libia, Egipto, Europa, Suramérica y Estados Unidos, pero le dio sustancia a su único libro de viajes con "el más pequeño de los rincones visitados". Esa paradoja requiere más de un comentario posible, sin obviar que su compañero de vida le había alimentado el deslumbramiento por Tenerife como fuente de belleza y felicidad. Precisamente estos dos elementos, belleza y felicidad, ampliados hacia todo el Archipiélago Canario, sustentan la obra sobre el *Verano...* en abierta quiebra genérica de una expresión tradicionalmente acuñada. La intensidad de la prosa poética de Dulce María y la permanente recreación de imaginarios y vivencias hicieron fluir su asunción literaria de los viajes mucho más allá de lo que usualmente se concebía en este tipo de escritura. En *Un verano en Tenerife* diversifica su espectro de geografías, hombres e historia, haciendo poesía constantemente. El prefacio indica al lector qué tipo de construcción va a encontrar. Sus dos primeros párrafos prácticamente componen un poema:

"Como mirto y laurel entrelazados, van sobre el archipiélago canario la Historia y la Leyenda.
Querer separar una de otra es quebrarlas sin flor, poner en fuga todos los pájaros" (p.9).

¹⁷ Recuérdese el trabajo escritural en este tipo de temas de Fredrika Bremer, Julia Howe, la Condesa de Merlín, Aurelia Castillo de González y Camila Henríquez Ureña. Sobre escritoras no hispanohablantes que abordaron el tema del Archipiélago Canario, José Javier Hernández registra los nombres siguientes: Marian North, Olivia Stone y las hermanas Du Cane. Ver en "Prólogo". Varios. Puerto de la Cruz y Dulce María Loynaz (Tenerife: Ayuntamiento del Puerto de La Cruz, 1998), 15.

¹⁸ José Javier Hernández, nota anterior... 19.

Así, desde este pórtico sazonado por evocaciones y estilo de auténtica literatura, Dulce María propone una rica dimensión espacio-temporal, cuya recreación estética crece en virtud del interés que provoca la escritora y del logro artístico de su prosa elaborada a partir de eficaz mixtura de formas elocutivas con reminiscencias de la prosa cervantina en léxico, requiebros lingüísticos y “lances peregrinos”, para usar uno de sus giros.

¡Y con Cervantes hemos topado! Me permito glosar una de las salidas geniales del *Quijote* para adentrarme un poco más en el tema anunciado. Tengo que confesar que no he estudiado de manera exhaustiva la presencia del estilo cervantino en *Un verano en Tenerife*, y tampoco he encontrado hasta hoy en la hermenéutica loynaciana textos críticos que de modo integral, desde los planos esenciales del sistema de la lengua y del tejido imaginal, aborden esta obra. De modo que intento realizar algunos acercamientos a un texto que la propia autora catalogó como su obra “mejor escrita”. A lo que añadió que prefería este libro “porque está escrito en muy buen español y a eso -enfatisa la escritora- es a lo que yo he aspirado siempre, a hablar bien el idioma”.¹⁹ De lo que puede colegirse con poco margen de error que *Un verano en Tenerife* resultó su obra más cercana al estilo cervantino.

Podría comenzarse por constatar que su excelencia del decir es emblemática en prolijidad lexical, elegancia semántica y sintáctica, así como en su original creación artística de visiones y momentos. Recursos lingüísticos funcionales (juegos de palabras, paradojas, antítesis, ironías, contrapuntos de situaciones, soliloquios, oportunos y elocuentes puntos suspensivos, audacias en construcciones, asociaciones insospechadas, apóstrofes de línea clásica, precisión en los mecanismos nominativos, vínculos exposición-reflexión-narración en lenguaje casi versificado) y continua interpretación literaria del universo seleccionado, articulan su lenguaje con la savia del mejor español, a la vez que revelan su cercanía en muchas ocasiones con el estilo de encanto y donaire de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* y de las *Novelas Ejemplares*. Con Dulce María el idioma se rebosa en sí mismo, particularmente el referido a la materia insular abarcadora de seres humanos que pueblan tierras rodeadas de mar, de la propia atmósfera marítima, de los espacios abiertos, de las brisas y, en fin, siempre del agua, su *leitmotiv* recurrente.

En cuanto a compromisos epocales con formas y estilos, así como Cervantes rompió las fronteras genéricas de la novela, desacralizando personajes y tópicos novelescos, para entrar en los dominios de la modernidad, Dulce María entrega un conjunto narrativo dotado también de absoluto espíritu renovador en el que, afortunadamente, es casi imposible establecer el deslinde genérico normativo. El eje argumental, el viaje en sí mismo, admite graciosas e interesantes interrupciones -como tantas veces lo hizo Cervantes en el *Quijote*-, para incorporar en su “verano” nuevos relatos, reflexiones diversas con su acostumbrada lucidez, y elementos expositivos o descriptivos que arrojan nuevas luces a la obra. Es el caso, por acudir a un ejemplo, del respeto a la mejor tradición desde una mirada intercultural. De manera que en *Un verano en Tenerife* van emergiendo historias inherentes a la identidad tinerfeña, la admiración por las formas músico-danzarias, las típicas folías, las alfombras de flores del Corpus Christi, la oralidad canaria, el bordado con hilos o flores en telas o alfombras efímeras, y hasta una muy sentida admiración por la lucha muchas veces centenaria contra la aridez de los suelos, así como una peculiar inventiva popular para la búsqueda incesante del agua vivificadora en tierras casi siempre sedientas y azotadas por el viento con huellas de desiertos.

¹⁹ Vicente González Castro, Un encuentro con Dulce María Loynaz...202 y 204.

En la constelación de personajes, locaciones, tiempos y perspectivas sobre las que Dulce María construye su periplo estival sobresale en primer lugar su humanismo que pone siempre al servicio de los demás para, entre otras cosas, provocar la risa “hermanadora” de seres humanos -como también hacía Cervantes- en una atmósfera lúdica alternante con la realidad sin afeites. Desde esta óptica ella toca las mejores fibras del lector con un fino humor. Ese es también, me permito la reiteración, un rasgo del humanismo loynaciano, el humor positivo, de fino linaje, de gracia sutil, que a veces se torna confesional desde las formas de los soliloquios tan caros al genio cervantino. Y en definitiva, se acaba por ser hechizado ante tal belleza escritural, de gracejo tan difícil de emular. Con estos antecedentes logrados ya con su pluma a la altura de los noventa, se confirma la justeza de su advocación del escritor supremo de Alcalá, al referirse en su discurso de recepción del Premio Cervantes a la anécdota contada por su padre Enrique Loynaz del Castillo, quien encontrándose en plena campaña emancipadora disfrutó del contagio de la risa que la lectura del *Quijote* produjo en los mambises que lo acompañaban. Se confirma una vez más cuánta elevación espiritual brota de la maestría artística.

Las rutas reflexivas de la Dulce María del “verano” provocan siempre la devoción por la esencia del ser humano con tal amplitud que hoy sorprendería hasta por su alcance ecológico ante la depredación que sufre la naturaleza, preámbulo de la anunciada extinción de la Humanidad. En la misma dimensión, su cotidianidad poetizada captura al lector por su certidumbre y hondura, a la vez que sublima el amor. No escribe solo por el placer inaplazable de hacerlo, sino también para hacer trascender su experiencia y su fe de amorosa entrega. Su peregrinaje refracta las vivencias desde lo individual hasta un contexto mayor ennoblecido y recreado. Y el punto de vista de la voz narrativa trasfunde las imágenes con su peculiar humanidad glorificadora de escenarios naturales y seres humanos. Es una realización peculiarmente original, la de la poesía convertida en viaje, que asocia de modo pendular la realidad concomitante con la fábula y la fábula con la historia que esta contiene dentro de sí.

El tejido narrativo-expositivo, delineado con intensidad lírica y sorteando las trampas de la linealidad convencional, ofrece una óptica plural sobre el entorno geográfico y social de las islas desde donde asoma el mundo afectivo de la escritora, al mismo tiempo que deja traslucir de una forma u otra su presencia personal. Integrada al relato aparece automencionada directamente unas pocas veces, y luego casi presentida. Un pasaje sugestivo lo coloca en el umbral del cierre del libro cuando jocosamente se dirige a los lectores para preguntarles: “¿Recuerdan ya los que me leen dónde me dejé a mí misma? Pues me dejé en el santuario de Nuestra Señora de las Nieves...” (p.255).

Destacables, sin lugar a dudas, son la energía del lirismo de su prosa y la vastedad de su erudición. Estos dos elementos constituyen elementos constructivos muy sólidos del texto. Con esta plataforma va presentando, como ella misma calificaba, las “cuentas de un collar extraviado por una sirena” (p.23), las siete islas habitadas del Archipiélago: Tenerife, Gran Canaria, La Palma, La Gomera, Hierro, Fuerteventura y Lanzarote. Y las seis desiertas: Alegranza, Graciosa, Montaña Clara, Roque del Este, Roque del Oeste e Isla de Lobos. Como salida de la mitología, está presente su admiración por “aquella poca tierra asomada a flor de agua”, de “mágica existencia” (p.9).

Treinta capítulos se entretajan alrededor del tema central, el recorrido por las islas, y fundamentalmente por Tenerife. Entre ellos cobran casi que vida propia algunos intertextos que, sin romper la coherencia de la obra, desafían los postulados genéricos. En este sentido le pertenece el primer lugar al capítulo inicial protagonizado por el carismático historiador

Joseph Viera y Clavijo. De naturaleza similar son los titulados "El sepulcro vacío", "Nuestro cónsul es dueño de un fantasma", "El último pirata", "La Candelaria", "El galeón enterrado", "Guajara", y "El volcán". ¿Cómo no pensar en el estilo cervantino de relatos insertados? Verdaderamente se trata de un sabio juego de textos e intertextos que le dan mayor brillo e interés a la narración central.

El primer capítulo, de notable energía creativa, es buen ejemplo de intertexto prácticamente autónomo. En él la autora arma un relato que por su organicidad y fuerza interna, tanto como por su insospechado desenlace, puede considerarse una expresión de la cuentística, cuya ficcionalidad se entrecruza con el decursar cotidiano para dotarlo de una nueva mirada desde un sugerente trasfondo de simbología primaveral. El historiador de las Canarias, Viera y Clavijo, ese personaje tan suyo, se encuentra en el camino de la fábula y de la historia, de la racionalidad y del empuje quijotesco, porque ni él mismo puede evitar que su ascensión personal del mundo se produzca desde el lente de sus propias peripecias. Mueve a ternura su empecinamiento escritural al presentar batalla al devenir de los años y su acción sobre su cada vez más frágil constitución física. Asimismo, es admirable su vocación volteriana, nutriente de su ética historiográfica, que entra en contrapunto con sus posiciones para explicar la existencia de la esotérica isla de San Bolondrón. Y como él también sueña en su especial retiro, deja un resquicio, como quien no quiere las cosas, para que la juguetona isla se siga evocando por los siglos de los siglos...

En sus tres primaveras del Arcediano, posiblemente las de 1772, 1777 y 1802, prima la atmósfera de la intimidad rayana con el misterio. La imagen que de Viera y Clavijo muestra Dulce María, iluminado muy intencionadamente el historiador, pluma de ganso en mano, lo focaliza al modo barroco en medio de su aislamiento creativo. Observa el mundo desde su ventana y se aviene con sus amigos franceses seguidores de la Razón con mayúscula ("¡qué palabra tan grande!"), en el criterio de que los tiempos no estaban entonces "para escribir Historia, sino para darle un vuelco" (pp. 13 y 14). El tercer tiempo de este relato tiene lugar el 24 de abril de 1802 en sus sitios de todos los días, en la catedral de la Gran Canaria. El sabio goza de la fragancia de la primera flor primaveral y de los trinos canoros. Ya con nuevos bríos retoma el quehacer de la historia. Y con él concluye Dulce María el primer capítulo prefigurando cuáles serán los rumbos de la obra, incluida la profesión de fe de Viera y Clavijo: el enaltecimiento de sus islas.

Antes de adentrarse en el nuevo capítulo, el segundo ("Verdad y casi verdad de las islas afortunadas"), la autora declara su deseo de recoger en "la pequeña caracola" de su voz (p.22) la de los sabios que la precedieron durante veinte siglos, con el propósito de descifrar el enigma de estas islas, o al menos en el intento de "aspirar el aroma del enigma" (p.22), aguijón de sabios y aventureros. No le faltan recursos: maneja con especial esmero el aliento metafórico de la Poesía y, muchas veces, la elocuencia expresiva de los silencios. Pero más aún: se auxilia de la Ciencia para poder entender estas islas "palpitantes" (p.24), espacio vital de guanches o tránsito bélico de romanos, árabes y españoles. Todo un complejo y largo proceso sintetizado llanamente en el estilo loynaciano con frases como las de "pasan los años, pasa la vida", "años van, años vienen", "Perazas van y Herreras vienen" (pp. 28 y 30). En medio de las ambiciones que las islas provocaron en las monarquías continentales, la autora describe con un estilo entre satírico y caricaturesco, y de todos modos, de humor sutil, el descalabro del infante castellano Luis de la Cerda, nieto de Alfonso X el Sabio, quien escoltado por séquito magnífico, el día de su investidura real en los predios papales fue asolado por "imponente aguacero" que "puso en fuga pifanos y lanzas, lábaros, gerifaltes y rodela..." (p.28). Así quedó el flamante caballero, empeñado en los fueros de la gloria y el poder: "como quien ya no espera mudanza en tiempo ni en fortuna", "desteñidas las plumas de su yelmo,

caído el cetro de la mano” (p.28), mezcla de alabardero y bufón. ¿Cómo no recordar nuevamente a Cervantes con este pasaje y su afán por caricaturizar la pomposidad hueca de la nobleza decadente de la España del siglo XVII? Siglo y medio transcurrirá entre este suceso y la decisión de Isabel la Católica de convertirse a la fuerza en reina de las islas Canarias.

En el capítulo III, "Breve bojeo de las islas", avanza la mirada de la poetisa-viajera. En aras de preparar todas las potencialidades creativas para los descubrimientos de hermosuras y emociones que se anunciaban, la escritora invoca a los ancestros:

"Que vengan los espíritus de los viejos argonautas a empuñar el timón de nuestra nave; que la ninfa Calypso nos recoja si la impericia de mi mano puede llevarnos a encallar en el primer escollo. De todos modos, ya embarcados estamos, y nuestros son desde este instante todos los caminos del mar." (p.33).

Es un llamado clásico a la fuerza del verbo de sustancia genésica. Desde este punto, consultando una vez más que otra la *Historia de Canarias* de Viera y Clavijo, describe con entusiasmo y lirismo cada una de las islas habitadas hasta transitar hacia el universo de las rosas verdes, no sin antes hablar con singular admiración de la mujer canaria. ¡Y cuánto dice!:

"son las mujeres las que más nos sorprenden cuando, poniendo a un lado coplas de troveros y aspavientos de dueñas y azafatas, se incorporan también a la Conquista, se plantan en las Islas todavía renuentes a tascar el freno nuevo."

Lo que puntualiza impresionada:

"Imposible parece que estas frágiles hembras -frágil alguna por más de una razón- demostraron que no lo eran tanto, aclimatándose a la tempestad, quedándose a vivir toda la vida en aquel mundo hostil, salvaje todavía, embrujadoramente misterioso", defendiendo "riscos", "barrancos" y "torreteras" (pp. 31 y 32).

Una sucesión de relatos va multiplicando el flujo narrativo. En un interesante friso aparecen las princesas guanches Dácil, Guajara y Guayafanta; la viñeta de la marquesa-madre de "El sepulcro vacío", admirable en su empecinado amor y en sus estremecedores silencios; los retratos de sus amigas afectuosas y hospitalarias; las bordadoras y caladoras. A las artífices del arte floral, a las tejedoras de plantas, con sus fugaces alfombras consagradas al Corpus Christi, les dedica un capítulo centrado en el talento de las hermanas Monteverde, fundadoras en 1847 de una tradición que permanece aún en el pueblo canario. En el capítulo XXIV titulado "Tres poetisas en Tenerife" presenta la especial condición del talento poético canario en la persona de tres de sus poetisas más destacadas: Victorina Bridoux, Victoria Ventoso y Fernanda Siliuto. Pero no se resiste a rescatar de la memoria a una interesante precursora: María Joaquina Viera y Clavijo, hermana del historiador, y personaje también del primer capítulo del libro. A través de este hilo conductor se adentra en lo inasible de la rosa verde, la rosa única, la rosa entre rosas.

En la indagación social no solo se interesa por la mujer isleña. Tanto o quizás más le motiva el sector campesino. Sobre él ofrece perfiles de sesgo sociológico y artístico en el capítulo homónimo (XV). Legítima su tenacidad e inventiva, su lucha titánica construyendo terrazas sorprendentes en las laderas de las montañas, su rastreo constante de las fuentes de agua y su quehacer de cada día "amansando" al viento y fertilizando la tierra con su sudor.

En otro sentido, de modo contrastante por su acento social negativo, acomete el pasaje en torno al pirata Angel García, “Cabeza de perro”, rodeado de carga onírica y de exotismo con la apertura de múltiples puertas a la imaginación.

Y de nuevo la naturaleza es protagónica. Con omnipresencia histórica, geográfica y sociocultural el volcán supremo, el “padre Teide”, de “nevada testa”(pp. 41 y 193), al modo de corona de Tenerife, es prácticamente uno de los personajes centrales de la obra. Entre el capítulo XVIII, “El galeón enterrado” y el XXII, “El volcán”, se yergue con su poder imbatible. Con sabio manejo de los recursos narrativos, la autora relata, a la vez que describe, cómo el cono-símbolo ha modificado el perfil de gran parte de Tenerife con el despliegue de su furia natural. Su víctima principal fue el puerto de Garachico, cegado en el siglo XVIII por la catarata de lava que hizo retroceder al mar. Replica Dulce María los pasajes conservados por frailes y por la memoria popular. Cuenta con una atmósfera muy especial de suspensos la sucesión de los hechos. Dibuja con magistral plasticidad la dramática situación: en medio de la algazara porteña por donde se desplazan viandantes y volatineros un motivo superfluo, la llama en la boca de una artista callejera, le permite presentar la supuesta inocencia de otra llama similar que en la distancia acaba de brotar, aparentemente silenciosa, en el pico del Teide. Mientras tanto, los niños juegan, miran alternativamente una y otra llama. En medio de esta ingenuidad va creciendo la tensión y con ella el avance mortal de lava y gases. Al final, la desolación. Pero aún así, con estas cicatrices e inquietante porvenir, permanece como símbolo de identidad tinerfeña la figura del Teide recortada en escorzo, dominando futuros de geografías y de vidas.

Hacia la mitad del libro la autora ha encontrado una correspondencia real para sus pinturas verbales. Conoce a un artista del pincel, Francisco Bonnin y Guérin, quien con sus acuarelas propone la poesía de lo cotidiano. Dulce María se conmueve ante tanta belleza y escucha su confesión, su pena familiar y más íntima: la de sentirse un poco culpable por la muerte de su hermana. En este emotivo pasaje aparecen arte y dolor, conjunción que, según ella, sustenta la pintura del plástico tinerfeño, pero que de algún modo recuerda algunas ideas martianas sobre la creación artística. Finalmente, recibiendo flores en imágenes pictóricas de Bonnin, estima que “quizá algún día comprenderemos todos por qué es necesario que algunas rosas mueran para lograr un poco de eternidad en la Rosa” (p.176).

A la altura de los capítulos finales el lector se encuentra con que ha leído innumerables pasajes de la más variada sustancia: reflexiones estéticas, historia, crónicas, descripciones geográficas y costumbristas, memoria de acontecimientos en el imaginario popular, valoraciones sociológicas, leyendas, evocaciones sentimentales, regocijos espirituales delineados desde el sentido de la poesía...Porque esta obra tan plural abre numerosas interrogantes: ¿Quién protagoniza *Un verano en Tenerife*? ¿Dulce María, Tenerife, el rosario de islas, todos a la vez? ¿Qué es este texto además de un libro de viajes? ¿Un diario poetizado? ¿Historia novelada? ¿Leyenda historiada? ¿Testimonio ficcional? ¿Crónica periodística? ¿Una “interpretación lírica de las Islas Canarias”, como diría Melchor Fernández²⁰? O quizás ¿El poema de las Islas que “salió” en forma de prosa, al decir de Virgilio López Lemus²¹? En uno de los primeros capítulos pudiera aparecer una de las claves cuando la autora expresa: “Yo soy una poetisa que visita un país mitológico” (p.59).

²⁰ Melchor Almagro Fernández, “Un libro de literatura viajera”. En Pedro Simón. Dulce María Loynaz. Valoración múltiple (La Habana: Casa de las Américas, 1991), 599-602, particularmente p.601.

²¹ Virgilio López Lemus, Dulce María Loynaz. Estudios de la obra... nota 5, p. 48.

Es que la plurisemia de *Un verano en Tenerife*, en la que se funden formas expresivas con un surtidor inagotable de imaginación, es de la mejor condición. Como auténtica obra artística resiste airoso las más disímiles lecturas e interpretaciones, pero de ningún modo deja de ser una especie de registro múltiple de la dimensión humana y estética de la autora. Pueden servir, a modo de ejemplo, los temas concernientes a la antropología cultural (la memoria de los guanches, la tradición oral, la música, la danza, la religiosidad popular, el friso sociocultural que se muestra de página en página); el ensayo literario y la prosa ficcionalizada de sus intertextos; la relación medioambiental del ser humano con la flora insólita de volcanes y dragos milenarios; los juicios de corte ecológico; la presencia de Cuba en el pueblo canario; la teoría cultural que dimana de la inversión del proceso creativo al escribirse la crónica desde América hacia Europa y no de la forma mantenida desde el siglo XV²². En suma, otro ángulo del pensamiento, más integrador, la revela como encarnación de la insularidad fortalecedora, y no del insularismo fatalista que en el Caribe la precedió.

Insularismo-insularidad: provocadora relación en la historia del pensamiento caribeño. Merecería la pena insistir en la forma aparentemente oscilante de la asunción de la insularidad en la obra loynaziana. Ya desde su poema “Duda”²³, en *Juegos de agua*, introduce alternativas de la acción del agua al cuestionar si cuando “la ola viene impetuosa sobre la roca” es porque la está acariciando o golpeando. En su texto *Mujer entre dos islas* se refiere a que “no hay tierra más sola que la que cercena el mar”²⁴. En *Un verano...* califica de “drama geográfico” la condición insular (p.117) y se conmueve por la acción agresiva de la naturaleza que victimiza a los canarios, ya sea con erupciones volcánicas o vientos intensos, ya con severas ausencias de agua o paisajes lunares resistidos a producir. Sin embargo, habría que diferenciar estas apreciaciones de una posible adhesión a una cosmovisión insular de corte negativo.

Aun cuando Dulce María tiene siempre presente a su isla, la del pórtico del golfo, como escenario “!...donde todos los años hacen su misterioso nido los ciclones!”, esta isla suya, es ante todo su “isla fragante, flor de Islas”, bella, dulce, deleitosa, grácil, reclinada “blandamente en la hamaca de las olas”²⁵. Y ella misma se autodefine como isla de manera muy sugestiva en el poema homónimo de *Juegos de agua*. Años más tarde, en *Un verano...* regalará al lector una fiesta de la naturaleza, porque en su estancia en las Canarias se encuentra con que, -glosando a la autora del libro- son islas floridas, aromosas, de pálpitos, tocadas por la luz y el amor. Tanto en el Caribe como en el Atlántico su vida insular es todo un regocijo asumido desde la historia y desde un presente que brinda las energías suficientes para hacer frente a las adversidades. La viajera y sujeto lírico de *Un verano...* irradia felicidad que anhela compartir, la que ha disfrutado en el vivir insular junto a su gran amor, ambos enriquecidos por el constante fluir de los recuerdos más diversos de la isla caribeña.

A sólo una página para cerrar su relato canario-tinerfeño, retorna a las posturas reflexivas que han matizado la obra. El tópico ahora es la relación poesía, sueño y verdad en el ejercicio escritural. En esta dirección también en *Un verano...* emergen confluencias y deslindes con posiciones cervantinas. Para el escritor alcalaíno, tal y como expresa en el

²² Virgilio López Lemus, Dulce María Loynaz. Estudios de la obra...nota 5. p. 62.

²³ Dulce María Loynaz [1947]. *Juegos de agua*. Versos del agua y del amor (Puerto de la Cruz: Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, 1998), 26.

²⁴ Dulce María Loynaz [1951]. *Juegos de agua*. Versos del agua y ... nota 13, p. 28

²⁵ “Poema CXXIV”, en *Alas en la sombra* (Valladolid. Hermanos Loynaz, Diputación Provincial de Valladolid y Fundación Jorge Guillén, 1995), 158-160.

diálogo del Quijote con Sansón Carrasco en la segunda parte de su gran novela²⁶, es importante que el que escribe ande “con buen nombre por las lenguas de las gentes”, a lo que añade que “decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios”, así como respetar la verdad en las historias. En cuanto a lo que estima Dulce María, ella asume el criterio de escribir con verdades, pero reclama cierto espacio para la ficcionalización (p. 262). Su propio “verano” es concomitante con el Quijote en los permanentes recursos contrastivos entre la fantasía y la realidad. Sin embargo, aceptados estos juicios, surge una interrogante: ¿Podría ella dejar de contar en nombre de la verdad cómo el volcán Teide fue domesticado por la Virgen de las Nieves?

Para finalizar la autora presenta un pasaje muy ilustrativo del carácter y proyección de la obra de tema estival. Desde la calle “Adiós” ha construido su despedida de la tierra de la Candelaria al modo de una sucesión de imágenes cinéticas, como pretendiendo asir desde la síntesis todo lo vivido en islas donde lo insólito se hace cotidiano y hasta los cráteres se vuelven refugios florales. Transcurrieron cuatro meses de constante emotividad iluminadora que le permitieron legar a sus afectos y al arte universal un tesoro literario. Mientras se apodera de ella la nostalgia que aúna historia y leyenda realiza un fugaz recuento de vivencias refractadas en diversidad crono-espacial, cuya referencia ineludible es “El Teide con las siete vírgenes, y cada virgen con su isla como un nenúfar en la mano” (p.261). Sabe que retornará, pues, como ella misma dice, de estas islas nadie se despide para siempre. Y menos los poetas, pues está convencida de que “si el hombre perdiera los poetas, seguiría siendo el dueño del mundo; pero no escucharía el canto de los pájaros, aunque los pájaros cantaran todos los días”²⁷. Es la ruta de la Poesía, la que estuvo de su lado todo el tiempo en su “verano”. Entretanto, han quedado en vilo sus preguntas “¿Pedazos de qué cosa son las Islas Canarias? ¿Pedazos de un mundo desaparecido, de un jardín mitológico, del Paraíso bíblico?” (p. 201).

Como criatura de isla, dígase una vez más, Dulce María Loynaz hace poesía desde la insularidad, confundiéndose ella misma con la materia feérica de estas tierras que en su irrupción hacia la superficie sorprendieron al mar. Todas ellas son “manzanas de oro”, cuentas de collares de sirenas, tierras enredadas “en las barbas de Neptuno”, “jardines en el mar”, “islas de rosas” (pp. 24, 30 y 42). Tenerife, la tierra del Gran Tenerife, es “espuma de volcanes, rosal de aire, sueño de sirenas” con un “dragón agazapado en la tiniebla” (pp. 263 y 222). En el puente tendido entre los dos archipiélagos, el del Caribe y el del Atlántico, el embrujo emanado de las Canarias es acicate para las remembranzas de su isla: *el ave que no toca por temor a dañarle sus alas*. Al culminar la lectura de *Un verano en Tenerife* se produce un extraño despertar en el lector. Sin darse cuenta ha quedado impregnado del más puro encantamiento y ha disfrutado de una auténtica conmoción de las fuerzas mejores del espíritu creativo, dotado este de un irrepetible acento donoso de irradiaciones cervantinas, en la recreación de la eterna primavera insular, espoleante de nuevos aromas y ensueños.

²⁶ Miguel de Cervantes, [1605 y 1615]. El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha (Madrid: Ediciones Aguilar, 1951), 970 y 977.

²⁷ «Poema CXIX», Poemas sin nombre [1953], en Poesía (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2002), 146.

Bibliografía

Almagro Fernández, Melchor, "Un libro de literatura viajera". En Pedro Simón. Dulce María Loynaz. Valoración múltiple. La Habana, Casa de las Américas, 1991.

Araujo, Nara, El alfiler y la mariposa, La Habana, Letras Cubanas, 1997.

Campusano, Luisa, "Últimos textos de una dama: crónicas y memorias de Dulce María Loynaz", Casa de las Américas, Núm. 201, Oct-Dic., 1995.

Capote, Zaida, Contra el silencio. Otra lectura de la obra de Dulce María Loynaz, La Habana, Letras Cubanas, 2005.

Cervantes, Miguel de, El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha, Madrid, Ediciones Aguilar, 1951.

Fernández, Pablo Armando, "Al agua fina y alta", en Los Cervantes en la Isla, Alcalá de Henares, Gráficas Algorán, S. A., 1994.

González Castro, Vicente, Un encuentro con Dulce María Loynaz, La Habana: ARTEX, 1994.

Loynaz, Dulce María Loynaz, "Mujer entre dos islas", en La palabra en el aire, Pinar del Río, Ediciones Hnos., 2000.

Loynaz, Dulce María, Un verano en Tenerife, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1994.

Loynaz, Dulce María, Juegos de agua. Versos del agua y del amor. Puerto de la Cruz, Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, 1998.

Loynaz, Dulce María, "Poema CXXIV", en Alas en la sombra, Valladolid, 1995.

Loynaz, Dulce María, "Poema CXIX", Poemas sin nombre, en Poesía, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2002.

López, César, "Aproximaciones. Remembranza del agua y del nacimiento". Granma, La Habana, 12 de diciembre de 2008, Año 44, N° 296, p. 13.

López Lemus, Virgilio, "Dulce María Loynaz, cubana y universal", Centenario, Bohemia, La Habana, Año 94, N° 23, 15 noviembre 2002.

López Lemus, Virgilio, Dulce María Loynaz. Estudios de la obra de una cubana universal, Tenerife, Centro de la cultura popular canaria, 2000.

Montero, Susana, “Leyendo Jardín sobre la parábola tempo-espacial de las vanguardias”, Unión, La Habana, Año IX, N° 29, Oct-Dic., 1997.

Para Citar este Artículo:

Ricardo, Yolanda. Confluencias cervantinas en Dulce María Loynaz. Rev. Incl. Vol. 2. Num. 1. Enero- Marzo (2015), ISSN 0719-4706, pp. 13-28, en <http://www.revistainclusiones.cl/volumen-2/oficial-articulo-dra.-yolanda-ricardo.pdf>

Las opiniones, análisis y conclusiones del autor son de su responsabilidad y no necesariamente reflejan el pensamiento de la **Revista Inclusiones**.

La reproducción parcial y/o total de este artículo debe hacerse con permiso de **Revista Inclusiones**.